

El estudio de la Historia se sigue al de las Lenguas: por este se aumenta el tesoro de las palabras, y por aquel el de los hechos, ¡y qué hechos! Los que el Instituto quiere grabar en la memoria de la juventud, son los mas interesantes por su naturaleza. Es el retrato de los Romanos formado por el suave pincel de Tito-Livio, los lápices atrevidos de Salustio, ó el buril profundo de Tácito: la historia de los Griegos, escrita con tanta energia y rapidéz por Thucídides, tanta amenidad y abundancia por Xenophonte, tanta erudicion y juicio por Plutarco.

Al estudio de la Historia se refiere el de la Geografía, que señala con órden en la memoria las Ciudades, Impérios, todos los lugares célebres, todos los puntos de union y division del Universo: el de la Cronología, que encadena en ella con puntualidad los tiempos, las épocas, el principio, la série y el fin de cada establecimiento. La Cronología conduce á la Mitología; esto es, á los siglos y á lo maravilloso de la Fábula. Aquí acaba la memoria, y empieza la imaginacion.

Las Bellas-Letras son el pasto, que el Instituto presenta á esta última. Por Bellas-Letras debe entenderse particularmente la Elocuencia y la Poesia. Una y otra echaron en Roma y Atenas, como en el terreno mas propio y fecundo, las raices mas profundas, y crecieron hasta el mas alto punto de su grandeza. ¡Qué Oradores, como un Demósthene y un Cicerón! ¡Qué Poetas, como un Homéro, un

Píndaro, un Virgilio y un Horacio! ¡Qué ornamentos para su siglo! ¡Qué modelos para los futuros! Estos son los que quiere el Instituto se propongan á la juventud. La lectura reflexiva y la explicacion analítica de sus obras, algunos preceptos recogidos de la boca de estos grandes Maestros, ensayos é imitaciones repetidas en todo género, son los tres medios que emplea el Instituto, para formar la imaginacion al lenguaje patético de la elocuencia, y al canto interesante de la poesía. Con la lectura se aumenta la imaginacion, con los preceptos se fortifica, con los ensayos se perfecciona.

La imaginacion es la prenda mas brillante del hombre; la razon es la mas necesaria. Pintar es el talento de la primera; conocer el de la segunda; y no hay duda que el arte de conocer la naturaleza, no sea mas necesario que el de pintarla. Luego una sábia educacion clásica debe aplicarse de un modo especial á formar la razon. Para conseguirlo no tiene otro medio mejor, que el estudio de las Ciencias. Con el de la Filosofia dará á la razon la extension conveniente, para comprender los principios; con el de las Matemáticas, la exactitud necesaria para ligar las consecuencias; con el de la Teología, la elevacion suficiente, para salir del círculo estrecho de las cosas humanas, y hacer excursiones á las regiones inmensas de las divinas. Estos tres estudios son las últimas ramas de la educacion prescrita por el Instituto. Pasa rápidamente por las Matemáticas, cuyo estudio pide únicamente atencion,

constancia y capacidad, para detenerse mas tiempo sobre la Filosofía y Teología, que con iguales talentos exigen mas precauciones. Solo aquellos hombres en quienes el amor de la novedad se enmascara con el de la verdad, pueden condenar la circunspeccion, la lentitud misma con que el *Ratio Studiorum* quiere que se adopten los nuevos sistemas, que de ordinario no son sino nuevos errores. Mas no contento con advertir á los Profesores de Filosofía y Teología, los escollos que se encuentran en su camino, cuida el Instituto de señalárselos; y las reglas que les dá para enseñar bien, y juntar la solidez á la sutileza, y á una y otra la ortodoxia, se terminan con la lista de varias proposiciones, que prohíbe enseñar en los Colegios, ó porque son heterodoxas, ó porque son paradójicas. Lo que hace con una de estas proposiciones, prueba bien, que no hay otro modo de hacerlo sospechoso, sino el de falsificarlo. Entre los errores que condena el Instituto, se halla el que dice, que las leyes eclesiásticas y civiles, no obligan en conciencia: y un Pedimento fiscal pone este error al frente de las opiniones que adopta el Instituto, siendo así, que éste lo pone expresamente por la primera de las proposiciones que proscribe.

Hemos corrido rápidamente los diversos objetos, que el *Ratio Studiorum* se propone en la educacion de la juventud. Todos los planes admirables que se proyectan hoy, tiran á criar en los niños hombres grandes; el Instituto solo aspira á formar buenos estudian-

tes. Júzguese cual proyecto es mas racional; ¿pero se quiere juzgar de un modo aun mas decisivo, de la superioridad del Instituto sobre todos estos planes tan quiméricos, como maravillosos? Que se examinen los Maestros que emplea, para llenar los objetos que se propone.

Maestros irreprehensibles, á quienes se cierran todas las sendas del desórden, ó á quienes éste cerraría al punto la entrada de las clases: á los que se fia con el depósito de las letras el de las costumbres; que no pueden hacer traicion á sus deberes sin hacerla á sus intereses; que serian despojados de su empleo y de su ropa, al punto que deshonrasen lo uno y lo otro.

Maestros dóciles y modestos, que se rindan á los avisos y consejos, no con aquel espíritu de temor, que hace vacilar en la marcha, ni de disgusto, que impide pasar tan adelante y tan bien como se pudiera, ni de disimulo, que hace caminar á un fin fingiendo ir á otro; sino con aquel espíritu de caridad, de agrado y de rectitud, que oye con serenidad, ejecuta con aliento y triunfa con honor.

Maestros bastante jóvenes para ganar la confianza de sus discípulos, y suficientemente graves para atraerse su respeto: bastante jóvenes para hacerse á los niños, y suficientemente graves para gobernarlos bien: bastante jóvenes para no disgustarse de su empleo, y suficientemente graves para desempeñarlo bien.

Maestros aplicados, que miran cien ojos abiertos sobre ellos, un Provincial que los juzga, un Rector

que los manda, y un Prefecto que los observa (106).

Maestros estudiosos, que tienen el socorro de los libros (107), el de los preceptos, el de los Directores, y el de los ejemplos.

Maestros zelosos, que en la educacion de la juventud buscan la gloria de Dios, la salvacion de las almas, la utilidad del público, el progreso de las Letras, el honor de su Cuerpo y el suyo propio.

Maestros desinteresados, que deben prestar los mayores servicios, y no pedir ninguno; distribuir sus luces, y jamás venderlas; inspirar á todos sus discípulos el mas vivo reconocimiento, y no aprovecharse de él de parte de ninguno de ellos; hacerse dignos de todo, y no aceptar nada (108).

Maestros imparciales, que no hacen distincion sino del mérito y la necesidad; que no prefieren sino el talento y la sabiduría; ni coronan sino los aciertos, ó el esfuerzo (109).

Maestros instruidos, que destinados á enseñar las lenguas, tienen que hacer un estudio particular de ellas; que deben poseer la lengua de los Griegos de tanta variedad, dulzura y harmonia; lo que hay mas curioso en Heródoto, vivo en Thucidides, interesante en Xenophonte, sensato en Plutarco, sublime en Platon, instructivo en Theophrasto, ameno en Luciano, prudente en Epictéto, vehemente en Demósthene, patético en Eschíno, elegante en Isócrates, maravilloso en Homero, lírico en Píndaro, fiero en Eschilo, noble en Sóphocles, tierno en Eurípides, natural en

Teócrito, y gracioso en Bion y Moscho: que deben saber con perfeccion la lengua precisa, sobresaliente y magestuosa de los antiguos Romanos; aquel Ciceron, maestro y modelo de los Oradores, intérprete y émulo de los Filósofos; aquel Plinio, panegirista discreto y escritor ingenioso; aquel Salústio, tan fecundo en expresiones enérgicas y sorprendentes retratos; aquel César, el mas hábil de los Capitanes y el mas compendioso de los Historiadores; aquel Tito-Livio, en quien la riqueza del genio iguala á la extension del asunto; aquel Patérculo, que engrandece sus conceptos á proporcion que ciñe su estilo; aquel Quinto Curcio, que hermosa lo que refiere, y persuade lo que imagina; aquel Plauto, que tiene toda la sal de la Musa cómica; aquel Terencio, que reúne todo el juicio y toda la verdad; aquel Virgilio, el héroe de la Egloga, el inventor de las Geórgicas, el perfeccionador de la Epopeya; aquel Horacio, tan sublime en sus Odas, tan delicado en sus Sátiras, tan juicioso en sus Epístolas; aquel Ovidio, fecundo, agradable, brillante, aun en donde no pretende serlo; aquel Lucano y aquel Claudiano, que si no llevan siempre la antorcha del ingenio, muchas veces tienen las alas; aquel Séneca pensador; aquel Plinio observador; aquel Quintiliano preceptor; aquel Tácito censor, pintor y adivino todo junto (*).

(*) Véase el plan de Estudios y enseñanza del P. Juencio, hecho por orden de la XIV. Congregacion general para el uso de los Profesores Jesuitas Jóvenes, tan alabado y copiado por MM. Rolin, y Gibert.

Maestros, que hayan fondeado el abismo de la Cronologia, medido el espacio de la Geografia y abierto el tesoro de la Erudicion (*).

Maestros, que junten el gusto con la ciencia, el zelo con el talento, la discrecion con la piedad, los modales con las costumbres, la moderacion con la firmeza, y la igualdad de humor con la suavidad del carácter (†).

Maestros, que tengan para sus discipulos, con la vigilancia de un profesor, la ternura de un padre, la benevolencia de un protector y el zelo de un amigo (110).

Maestros, que para conducir bien á cada estudiante se apliquen á conocerlo bien; que tanteen sus fuerzas, para ver lo que se le puede pedir; sus talentos, para juzgar en qué se debe emplear; sus necesidades, para examinar las que es justo satisfacer; finalmente, su carácter, para saber hasta qué punto conviene contemplarlo ó resistirlo (111).

Maestros, que sean exactos, sin ser severos; que no pidan todo á todos, para conseguir algo de cada uno; que aplaudan el aliento, cuando no puedan aplaudir la victoria; que sepan igualmente perfeccionar en sus discipulos lo que en ellos aprueban, añadir lo que desean, y reformar lo que condenan (112).

Maestros, que nada deben decidir con ligereza, emprender con precipitacion, ni ejecutar con fogosidad;

(*) *Ibid.* pág. 77, 78 y 83.

(†) *Ibid.* pág. 151, 152, 153 y 154.

sino que en todo los acompañe la serenidad; los preceda la reflexion, y los alumbre la oracion (113).

Maestros, que manejen con acierto los tres grandes resortes de la autoridad; el indispensable del temor, el eficaz de la estimacion, el mas poderoso todavia del amor (114).

Maestros, ejercitados y probados, en todo género de conocimientos útiles.

Maestros, ejercitados y probados, en todo género de virtudes necesarias.

Maestros, ejercitados y probados, en todo género de prendas amables.

Estos son los Maestros que pide el Instituto; estos los que se esfuerza á dar la Compañía. Si á pesar de las disposiciones de aquel y de la atencion de esta, los Profesores Jesuitas no llenan siempre la idea, que hemos dado; ¿qué será de los Profesores que les sucederán? ¿Miras de interes podrán hacer en estos, lo que no siempre hacen en aquellos, respetos de Religion, de honor, de emulacion y obediencia? ¿Con menos socorros, libros y guías, tendrán mas talento, luces y conducta? ¿Estando menos instruidos, instruirán mejor? ¿Siendo menos desinteresados, serán mas imparciales y equitativos? ¿Hallándose menos observados, serán mas asistentes? ¿Menos respetados de los niños, serán mejor obedidos? Si son viejos; ¿conseguirán su confianza? Si jóvenes; ¿la merecerán? ¡Y si les inspiran primero la indiferencia, y bien presto el disgusto para

las prácticas exteriores de la Religión! ¡Y si por el canal de la instrucción se introducen á los corazones las semillas del libertinage, y á los entendimientos los renuevos de la independencia! ¡Y si con lecciones péfidas se hace de la escuela de las Letras la del error, de la rebelion, y de la impiedad! ¡Y si con punibles ejemplos se borra en almas demasiado dóciles el carácter del pudor! ¡Si Maestros perversos se hacen preceptores de la mentira, corruptores de la inocencia, fautores y cómplices del desorden! ¿Qué habrán ganado entonces las costumbres, la juventud, las familias, el Estado, y el interes público? Nosotros proponemos nuestros temores; ¡ojalá no puedan otros justificarlos! (*)

Terminemos la Apología del Instituto. Ya lo hemos lavado de todas las manchas, que se le suponían, respecto del interes de Dios. Acabamos de mostrar la justicia que debe hacerse de parte del interes público. Réstanos disculparlo de los cargos con que se le

(*) „Vosotros con el tiempo, así escribia Federico á D' „Alembert, resentireis en Francia el efecto de la expulsión „de los Jesuitas, y el daño inmediatamente lo sentirá la edu- „cacion de la juventud. Esta expulsión os causará tanto ma- „yor mal, porque *vuestra literatura* está ya en su *declina- „cion*, y porque entre cien obras que se publican, con difi- „cultad se encuentra una mediana.”—Por el lado de la piedad ha hecho mas falta la educacion Jesuitica. Aquellos colegios, dice un Luterano, que bajo la direccion de la Compañia produjeron á los Bossuet, á los Justo Lipsios, á los Fenelones, á los Corneilles, etc., vomitaron despues de su supresion á los Robespierres, Desmoulins, Fréron y otros mil demagogos... ¡parecerá extraño en vista de esto, que los gobiernos *cultos y libres*, protejan hoy á los Jesuitas, por mas que rabien los filósofos?—T.

reconviene relativamente al interes particular. Conforme á la Religión en lo que hace por Dios, y á la Política en lo que obra por el Público: ¿habia de ser contrario á la Razon en lo que ordena á los mismos que lo abrazan?

CAPITULO XXIII.

Hasta qué grado, y por qué medios procura el Instituto el interes particular.

TODA Sociedad que se consagra al interes público, busca al mismo tiempo su interes personal. Ella es en el orden civil lo que son en el físico aquellos vastos Cuerpos, que á un mismo tiempo tienen un movimiento comun conforme á la conservacion del universo, y otro particular á su propia conservacion. Este es el voto de la naturaleza, que no es permitido desconocer, ni posible sofocar. Sin embargo, el impulso de la naturaleza avanzaria demasiado, si no lo dirigiese la razon. A esta última, pues, pertenece señalar el fin á donde ha de caminar el interes particular, y los límites en que debe detenerse. Este fin invariable, estos límites eternos, son lo honesto. ¿A esto se dirige el interes particular que se propone el Instituto? Para comprender bien el objeto, analicémoslo. La inspeccion simultánea del todo, puede dejar dudas al mas perspicaz; la inspeccion sucesiva de las partes no debe dejarlas sino á un ciego.

Por el interes particular que se propone el Institu-